

Monólogo #1

De la obra Cenizas de periódico en un vertedero

de Eduardo Sánchez Navarro.

EL PATRÓN:

EL PATRÓN

Sastre por tradición, no hubo opción. Hay que seguir siempre el patrón, ¡Y qué patrón! Palabras cosidas de generación en generación. Me llamo Patrón, mi vieja me decía patroncito, pero aunque coso y corto todos los días por obligación, no encuentro el patrón.

Aguja, tijera, hilo, pellón, algodón, un pantalón.

Aguja, tijera, hilo, pellón, algodón, un cinturón.

Aguja, tijera, hilo, pellón, algodón, una sotana, un fajín, una camisa, una corbata.

Y no sé quién soy ¡No quiero hacer más! Entre tanta maldita tela no sé ni quién soy... Pero por ellos (mira al cielo) lo tengo que hacer. Sastrería LaFe, el tallercito familiar que lleva creando estilos e historias con retazos de tela, ubicado en las calles de Santurce, abierto de Lunes a domingo.

Mami y papi siempre tuvieron reglas que aún sin ellos estar, yo las conservo en honor a sus memorias porque a pesar de todo los quiero mucho. Primero que no pueden faltar 5 velas prendidas esparcidas por todo el taller, la estatuilla tallada de la virgen de la Provi hecha por Don Rei, un artesano amigo de la familia ah y me falta una, la más importante, la radio siempre tiene que estar prendida, SIEMPRE. Sastrería LaFe calidad y tradición, dónde se visten al entalle todos los sacerdotes del país.

Desde que los viejos se me fueron, esto me ha tocado, vestir a todos los hombres cultos a la perfección. Es extraño, vivo vistiendo a otros y encontrando su talla perfecta, pero a mí mismo nunca me he podido vestir, sigo sin encontrar mi patrón. Me crié aquí en la sastrería, jugando desde pequeño con las máquinas, se me iban los ojos viendo a mami cocer, en mis ojos ella era una santa que con sus manitas arrugadas y cicatrizadas creaba ajuares desde el corazón. Mami siempre me decía " Patroncito, ten cuidado que no te vayas a dar un pinchazo" y ya tu sabes que yo no hacía caso. Cómo siempre predicen las madres, un día la aguja me traspasó el dedo y el pinchazo causó en mí un picor. Tantos años después y aún sigo sintiendo ese ardor que nunca sanó.

Me acuerdo que de niño los domingos eran sagrados para mami y yo, siempre la acompañaba a misa a una iglesia en Caguas que era su favorita. Luego de misa siempre íbamos al residencial Gautier Benítez a visitar una amiga de mami y llevarle una bolsita de ropa a sus hijos Willy y Pichi. Mientras ella se daban una tacita de café yo me iba con Willy y Pichi a jugar en el monte. No sabía porqué pero sentía la necesidad de mirar mucho a Willy. Él era sereno, tranquilito e inocente y pues yo no sé si era una cosa de niños pero cada vez que estaba con él me ponía feliz pero también nervioso, algo raro que no sabía explicar. Solo sé que todos

los domingos quería irme con mami y no era por ir a misa, era para ver a Willy. Pero con el tiempo papi le prohibió a mami llevarme a Caguas, porque ni que me tenía que quedar ayudándolo en el taller y desde ahí nunca lo volví a ver, al sol de hoy no sé nada de él.

Desde nene me pusieron a trabajar, yo ayudaba a papi a cogerle las medidas a los clientes, hombres la gran mayoría. Sacerdotes, cura, pastores, monaguillos, a todos los atendíamos. Esa era la gran tradición de la sastrería LaFe, "vestir con Jesús pegadito al corazón", pura hipocresía. Estas telas no son silenciosas, su polvo cuenta muchas historias. Una tarde, el sacerdote de la parroquia de viejo San Juan vino al taller para que papi le hiciera ajustes a un pantalón. Yo rápido cogí la cinta y fui a medirle la cintura. El me miró a los ojos y le pidió a papi una taza de café y al instante que nos quedamos solos, sentí como puso su mano en mi muslo y poco a poco agarraba mi pene. De niño, no entendía si estaba bien o mal, pero ahí, con su mano en mi pantalón...

Desde ese entonces entiendo ese picor, su color, su punzón, pero poco a poco se ha convertido en dolor, angustia y desesperación porque no se que hacer con él, nunca se me enseñó. Papi era un macharrán, de esos que solo pensaba en el orgullo de la familia y su reputación, así que yo tenía que ser como él "machito", hecho y derecho. Yo creo que desde el silencio y el

miedo, mami siempre me vió y entendió, ella entendía ese picor incesante que crecía y crecía y aumentaba cada vez que para complacer a papi le medía la cintura a un cliente. Mami se pasaba cociendo faldas para las monjas y yo me sentaba a su lado y simplemente miraba la dulzura de sus ojos, la serenidad de su figura y la feminidad tan cruda que a mí me resonaba bien profundo. A papi eso le molestaba, el cabrón no me quería muy cerca de mami porque decía de forma tan asquerosa que me tenía que pasar con hombres cómo el para que se me fuera lo de flor, lo de loca, lo de pato, lo de maricón. Párate derecho, deja de moverte, se macho, actúa como hombre, me lo repetía todos los días.

Quería que yo sacara cojones, que tuviera huevos y fuese un Patrón, en honor al nombre que me dió. Pues sí, cogí huevos... los de sus amigos sacerdotes mientras les hacía sus medidas de piernas, cintura, brazos, cuello, hombros, entrepiernas y me encantaba comérmelos mientras él dormía en la parte de atrás del taller. Mi vieja fue la primera que se me fue, murió de cáncer. La pobre luchó hasta el cansancio pero el cansancio fue más. Su última mirada, la llevo aquí siempre, en mis propias palabras, fue un te amo hijo, se lo tuyo, te amo por lo tuyo y por tu picor. Se me fue y me quedé con papi. Ese se fue no mucho después, pero primero cuando se enteró que me lo metían en las mesas de su taller, me golpeó, me

escupió, me insultó, me botó y pues luego de eso no aguantó y se mató, un día lo encontré tirao' en el piso del taller, con las 5 velas prendidas, la estatuilla de la virgen y la radio encendida. En fin, esa es la verdadera historia detrás de la sastrería LaFe ubicada en las calles de Santurce. Sus telas no son del todo tan sagradas, están forradas de polvo grueso, asfixiante y opresor.

Creo que La Sastrería LaFe cierra operaciones por hoy y siempre. Nadie más tendrá que seguir esta tradición familiar de sudor, sacrificio e hipocresía, acaba aquí y conmigo el apellido. Me toca ahora a mí crear mis propias medidas. Me toca ahora sanar y ser feliz. Me toca aprender a amar, lo que nunca me atreví a hacer por miedo. Han pasado muchos años, pero tal vez ahora puedo regresar a Caguas, al residencial Gautier Benítez, a lo mejor Willy sigue allí y cuando lo vea le diré que nunca lo dejé de amar. Espera, me falta algo. Dónde está...(Busca desesperadamente algo) (Saca de su entrepiernas dentro de su pantalón, un huevo) Ahora sí, lo encontré (Lo rompe)

No tengo ... (Lo rompe) No hay ...(Lo rompe) No más...Patrón.